L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum *Non praevalebunt*

Año LXI, número 13 (2.861) Ciudad del Vaticano 29 de marzo de 2024

Jesús no se cansa nunca de perdonar

La homilía de la misa vespertina "Cena del Señor" del Jueves Santo

Ante un grupo formado por reclusas y personal penitenciario, el Papa en su homilía en la Misa de Cena del Señor en la cárcel femenina de Rebibbia, en Roma, recordó que con el gesto del lavatorio de los pies, Jesús nos hace comprender la vocación de servicio y ante la traición de Judas nos recuerda que Dios perdona todo, siempre. "Jesús perdona todo. Jesús perdona siempre. Sólo pide que le pidamos perdón". Esta es la invitación del Papa Francisco en la breve homilía de la Misa "in Coena Domini" de este Jueves Santo, celebrada, como ya es tradición en la sede de un centro penitenciario romano. En la sección femenina de la cárcel de Rebibbia, bajo una gran carpa en el patio de la prisión, Francisco presidió la misa de la Cena del Señor en presencia de unas 200 personas, entre las que se encontraban reclusas, ex reclusas, personal penitenciario y algunas familias. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

En este momento de la cena, dos episodios llaman nuestra atención. El lavatorio de los pies de Jesús: Jesús se humilla, y con este gesto nos hace caer en la cuenta de lo que había dicho: "No he venido a ser servido, sino a servir" (cf. *Mc* 10,45). Nos enseña el camino del servicio. El otro episodio -triste- es la traición de Judas que no es capaz de llevar adelante el amor, y entonces el dinero, el egoísmo le llevan a esta cosa fea. Pero Jesús lo perdona todo. Jesús perdona siempre. Sólo pide que le pidamos perdón.

Una vez, oí a una viejecita, una viejecita sabia, una abuela, del pueblo... Decía: 'Jesús no se cansa nunca de perdonar: somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón'. Pidamos hoy al Señor la gracia de no cansarnos.

Siempre, todos tenemos pequeños fracasos, grandes fracasos: cada uno tiene su historia. Pero el Señor siempre nos espera, con los brazos abiertos, y nunca se cansa de perdonar.

Ahora vamos a hacer el mismo gesto que hizo Jesús: lavar los pies. Es un gesto que llama la atención sobre la vocación de servicio. Pidamos al Señor que nos haga crecer, a todos, en la vocación de servicio.

Gracias.

El don de las lágrimas por quien está alejado

Las palabras de Francisco en la Misa Crismal y el testimonio de los cristianos

Andrea Tornielli

"El Señor no nos pide juicios despectivos sobre los que no creen, sino amor y lágrimas por los que están alejados". El Papa Francisco comienza los ritos de la Semana Santa presidiendo la Misa Crismal en la Basílica de San Pedro y pronuncia una homilía sobre las lágrimas. Empezando por aquel "lloró amargamente" del apóstol Pedro, que después de haber negado tres veces al Maestro en el patio de la casa de los sumos sacerdotes, cruza por unos instantes la mirada misericordiosa de Jesús encadenado y ante el abrazo del perdón reconoce su pecado. Francisco habla a sus hermanos sacerdotes, en la celebración dedicada especialmente a ellos. Pero sus palabras pueden extenderse y abarcarnos a todos.

Ante las situaciones de la vida, ante las posiciones de quienes no creen, de quienes discuten con nosotros, pero también ante las distintas sensibilidades de nuestros hermanos en la fe, cuántas veces brotan de nuestro corazón juicios despreciativos y definitivos. A veces juicios de burla, no tan distintos de los que resonaron al pie de la cruz. Basta con mirar primero "dentro de casa" para darnos cuenta de este riesgo. Basta mirar, aunque sea distraídamente, el mundo de las redes sociales y de los blogs que se dicen cristianos para darse cuenta del contra-testimonio evangélico que pasa por la actitud de aquellos que soplan sobre la división, sobre la oposición, sobre la ridiculización de aquellos cuya única falta es pensar diferente. Ampliando la mirada, cómo no pensar en el océano de odio que desatan y alimentan las guerras, el terrorismo y la violencia que siguen cobrándose víctimas inocentes.

Los cristianos somos seguidores de un Dios hecho Hombre que nos ha pedido que amemos incluso a nuestros enemigos. Un Dios que no necesita de nuestros prejuicios y juicios despectivos hacia los demás, sino que se manifiesta abrazándonos cuando somos capaces de llorar y de amar, cuando nos dejamos traspasar por el sufrimiento ajeno saliendo de las burbujas de la indiferencia, cuando ama-

Sigue en la página 10

En el Ángelus del Domingo de Ramos, el Papa recuerda a las víctimas del cobarde atentado terrorista de Moscú

Sólo Él puede liberarnos de la enemistad del odio y de la violencia

"Jesús entró en Jerusalén como un Rey humilde y pacífico: ¡abrámosle nuestros corazones! Sólo Él puede liberarnos de la enemistad, del odio, de la violencia". Esta es la consigna confiada por el Papa Francisco a los sesenta mil fieles presentes en la Plaza de San Pedro -y a los que le siguieron a través de los medios de comunicación- el 24 de marzo, Domingo de Ramos. El Pontífice presidió la Misa de la solemnidad y al final de la proclamación de la Pasión del Señor según Marcos hubo un momento de silencio y oración. Finalmente, antes de la Bendición conclusiva, Francisco dirigió el rezo del Ángelus, recordando el doble asesinato en Colombia, el cobarde atentado terrorista en Moscú y a todos los que sufren a causa de los conflictos en la atormentada Ucrania, en Gaza y en "tantos otros lugares de guerra". Publicamos, a continuación, las palabras del Pontífice al introducir la oración mariana.

Queridos hermanos y hermanas:
Expreso mi cercanía a la Comunidad de San José de Apartadó en Colombia, donde hace unos días fueron asesinados una joven y un niño. Esta Comunidad en 2018 fue premiada como ejemplo de compromiso con la economía solidaria, la paz y los derechos humanos.
Y aseguro mis oraciones por las víctimas del cobarde atentado terrorista perpetrado la pasada noche en Moscú. Que el Señor las acoja en su paz y consuele a sus familias. Que convierta los corazones de quienes planean, organizan y llevan a cabo estas acciones inhumanas, que ofenden a Dios, que ordenó: "No matarás" (*Ex* 20,13).
Saludo a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos de diversos países. Saludo en particular a la delegación de la ciudad de San Remo, que también este año, fiel a una tradición de cuatro siglos, ha ofrecido las hojas de palma tejidas para esta celebración. ¡Gracias, Sanremesi! Que el Señor los bendiga.
Queridos hermanos y hermanas, Jesús entró en Jerusalén como un Rey humilde y pacífico: ¡abrámosle nuestro corazón! Sólo Él puede librarnos de la enemistad, del odio y de la violencia, porque Él es la misericordia y el perdón de los pecados. Recemos por todos nuestros hermanos y hermanas que sufren a causa de la guerra; de modo especial pienso en la atormentada Ucrania, donde tantas personas se encuentran sin electricidad a causa de los intensos ataques contra las infraestructuras, que, además de causar muerte y sufrimiento, conllevan el riesgo de una catástrofe humanitaria aún mayor. Por favor, no olvidemos a la martirizada Ucrania y pensemos en Gaza, que tanto está sufriendo, y en tantos otros lugares de guerra.
Y ahora nos dirigimos en oración a la Virgen María: aprendamos de ella a permanecer junto a Jesús durante los días de la Semana Santa, para llegar a la alegría de la Resurrección.

Celebración del Domingo de Ramos

La Pasión del Señor se renueva en las víctimas de las guerras

La Pasión de Cristo revive en los miembros de su Cuerpo místico. En el Domingo de Ramos, la crónica ofrece, por desgracia, la confirmación de que la humanidad es cada día más víctima del odio y de las guerras. Del grito de dolor y desolación de tantos hermanos y hermanas sufrientes se hizo portavoz el Papa Francisco, en el Ángelus del 24 de marzo, recitado con los ornamentos puestos antes de impartir la bendición conclusiva de la misa de la solemnidad. Rezó por los muertos y heridos en el cobarde atentado terrorista perpetrado el viernes por la noche en Moscú. Pero también por los que lloran a causa de los conflictos, especialmente en la martirizada Ucrania y en Gaza. También es significativo, en el día del aniversario de la muerte (24 de marzo de 1980) y de la memoria litúrgica de san Óscar Arnulfo Romero y Galdámez, el obispo mártir de San Salvador, el recuerdo por parte del Pontífice de una joven y un muchacho asesinados en Colombia el pasado 19 de marzo.
Escuchando sus sentidas palabras, más de sesenta mil personas, a las que el obispo de Roma quiso saludar, dieron una larga vuelta con el jeep blanco descubierto en la plaza de San Pedro, adornado con una miríada de flores y plantas. Poco antes había concluido la celebración eucarística, que comenzó a las 10 con la tradicional conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén. Alrededor de 400 fieles de todo el mundo, con palmeras entrelazadas y ramas de olivo en la mano, cruzaron la plaza desde el Brazo de Constantino hasta el obelisco, cantando "Hosanna al hijo de David". El Papa -desde el atrio de la basílica vaticana donde ha esperado la procesión- bendijo y roció los verdes símbolos de esta antigua tradición. Después presidió la misa.
La primera lectura fue proclamada en español, el salmo 21 en italiano y la segunda lectura en inglés. El relato de la Pasión del Señor, tomado del Evangelio de Marcos, ha sido cantado en italiano. A la oración de los fieles, se han elevado intenciones en chino, por la Iglesia, para que «en torno a la cruz de su Señor busque siempre la unidad, la reconciliación y la comunión»; en francés, por los gobernantes, para que «sepan afrontar y superar todo conflicto con el arte del diálogo y del respeto recíproco»; en polaco, por los que sufren a causa del abandono y de la soledad, para que «sientan junto a ellos la presencia del Siervo del Señor que da consuelo y esperanza a todo dolor»; en alemán, por los cristianos perseguidos «que están unidos de modo particular a la Pasión del Hijo de Dios, para que del sacrificio de amor de Cristo saquen fuerza, mansedumbre y perseverancia»; en yoruba, lengua hablada en África occidental, por cada comunidad cristiana en camino hacia la Pascua, para que «sea testigo de su fe, en la oración y en la caridad».
En el momento de la consagración subieron al altar los cardenales Claudio Gugerotti, prefecto del Dicasterio para las Iglesias Orientales, Giovanni Battista Re y Leonardo Sandri, decano y vicedecano del Colegio cardenalicio, respectivamente. Concelebraron 60 purpurados, entre ellos, Pietro Parolin, secretario de Estado, con numerosos arzobispos, obispos y prelados. Entre estos últimos se encontraban los arzobispos Edgar Peña Parra, sustituto de la Secretaría de Estado, Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, y Luciano Russo, secretario de la Sección para el personal diplomático de la Santa Sede; con los monseñores Roberto Campisi, asesor, y Javier Domingo Fernández González, jefe del Protocolo. El rito fue dirigido por el arzobispo Diego Ravelli, maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias, y estuvo acompañado por los cantos del coro de la Capilla Sixtina y del coro guía. Han prestado servicio litúrgico los monaguillos del Colegio Mater Ecclesiae.
Los trabajadores del Servicio de Jardines y Medio Ambiente de la Dirección de Infraestructuras y Servicios de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano se han encargado de las decoraciones y su disposición, en colaboración con quienes han ofrecido plantas y flores. En la celebración se distribuyeron ramitas de olivo proporcionadas por la Asociación Nacional Città dell 'Olio, Región de Cerdeña, algunas "palmeras fénix", donadas por el Camino Neocatecumenal, y los famosos "palmurelli" entrelazados, proporcionados por el empresario Errico Grazia di Sanremo. La empresa de viveros florales Flora Holanda de Roma ha prestado los olivos colocados a los pies del atrio y del obelisco.

L'OSSERVATORE ROMANO
EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum *Non praevalebunt*

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

Andrea Tornielli
director editorial
Andrea Monda
director
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

Tipografia Vaticana Editrice
L'Osservatore Romano

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteriadirezionesystem@ilsole24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58.00; Europa (España + IVA): € 100.00 - $ 148.00; América Latina, África, Asia: € 110.00 - $ 160.00; América del Norte, Oceanía: € 162.00 - $ 240.00.

Administración: 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono + 39 06 698 99 45450/45451/45454, fax + 39 06 698 45456,
e-mail: info.or@spc.va - diffusione.or@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.;
teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 5518 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú;
teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Mensaje del Papa a los jóvenes en el 5º aniversario de la Exhortación Apostólica "Christus vivit

Cristo vive y os quiere vivos

Con vuestro buen ruido, vuestro empuje de un motor limpio y ágil

En el quinto aniversario de la Exhortación apostólica postsinodal "Christus vivit", el Papa Francisco ha enviado el lunes 25 de marzo, el siguiente mensaje a los jóvenes.

QUERIDOS JÓVENES:

¡Cristo vive y quiere que ustedes vivan! Esta es una certeza que siempre colma de alegría mi corazón y que me impulsa ahora a escribirles este mensaje, al cumplirse cinco años de la publicación de la Exhortación apostólica Christus vivit, fruto de la Asamblea del Sínodo de los Obispos que tuvo como tema "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional".

Quisiera ante todo que mis palabras reavivaran en ustedes la esperanza. En el actual contexto internacional, marcado por tantos conflictos y sufrimientos, es de imaginar que muchos de ustedes se sientan desanimados. Por eso les propongo que partamos juntos desde el anuncio que está en el fundamento de la esperanza para nosotros y para toda la humanidad: "¡Cristo vive!".

Lo digo a cada uno de ustedes en particular: Cristo vive y te ama infinitamente. Y su amor por ti no está condicionado por tus caídas o tus errores. Él, que dio su vida por ti, no aguarda a que llegues a la perfección para amarte. Mira sus brazos abiertos en la cruz y «déjate salvar una y otra vez»[1], camina con Él como con un amigo, acógelo en tu vida y hazle partícipe de las alegrías y las esperanzas, los sufrimientos y las angustias de tu juventud. Verás que tu camino se iluminará y que también las cargas más grandes se volverán menos pesadas, porque será Él quien las lleve contigo. Por eso, invoca cada día al Espíritu Santo, que «te hace entrar cada vez más en el corazón de Cristo para que te llenes siempre más de su amor, de su luz y de su fuerza»[2].

¡Cuánto quisiera que este anuncio llegase a cada uno de ustedes, y que cada uno lo percibiese vivo y verdadero en su propia vida y sintiera el deseo de compartirlo con sus amigos! Sí, porque ustedes tienen esta gran misión: testimoniar a todos la alegría que nace de la amistad con Cristo.

Al comienzo de mi Pontificado, durante la JMJ de Río de Janeiro, les dije con fuerza: háganse escuchar, "¡hagan lío!". Y hoy de nuevo vuelvo a pedirles: háganse oír, griten esta verdad, no tanto con la voz sino con la vida y con el corazón: ¡Cristo vive! Para que toda la Iglesia se siente impulsada a levantarse, a ponerse una y otra vez en camino y a llevar su anuncio al mundo entero.

El próximo 14 de abril recordaremos los 40 años del primer gran encuentro de jóvenes que, en el contexto del Año Santo de la Redención, fue el germen de las futuras Jornadas Mundiales de la Juventud. Al final de aquel año jubilar, en 1984, san Juan Pablo II entregó la cruz a los jóvenes con la misión de llevarla a todo el mundo, como signo y recuerdo de que sólo en Jesús muerto y resucitado hay salvación y redención. Como ustedes bien saben, es una cruz de madera sin el Crucificado, pensada así para recordarnos que celebra ante todo el triunfo de la Resurrección, la victoria de la vida sobre la muerte, y para decirles a todos: «¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado» (*Lc* 24,5-6). Y ustedes contemplen a Jesús de esta manera: vivo y desbordante de gozo, vencedor de la muerte, amigo que los ama y que quiere vivir en ustedes.[3]

Sólo de este modo, a la luz de su presencia, la memoria del pasado será fecunda y tendrán la valentía de vivir el presente afrontando el futuro con esperanza. Podrán asumir con libertad la historia de sus familias, de sus abuelos, de sus padres, las tradiciones religiosas de sus países, para ser a su vez constructores del mañana y "artesanos" del futuro.

La Exhortación Christus vivit es fruto de una Iglesia que quiere caminar unida y que por eso se pone a la escucha, en diálogo y en constante discernimiento de la voluntad del Señor. Por esta razón, hace más de cinco años, con miras al Sínodo de los jóvenes, se les pidió a muchos de ustedes, de distintas partes del mundo, que compartieran sus esperanzas y sus deseos. Cientos de jóvenes vinieron a Roma y trabajaron juntos durante algunos días, recopilando y proponiendo ideas. Gracias a su trabajo los obispos pudieron conocer y ahondar en una visión más amplia y profunda del mundo y de la Iglesia. Fue un verdadero "experimento sinodal" que dio muchos frutos y que también preparó el camino para un nuevo Sínodo —el que estamos viviendo ahora, en estos años—, precisamente sobre la sinodalidad. Como leemos en el Documento Final del 2018, en efecto, «la participación de los jóvenes ha contribuido a "despertar" la sinodalidad, que es una "dimensión constitutiva de la Iglesia"»[4]. Y ahora, en esta nueva etapa de nuestro itinerario eclesial, necesitamos más que nunca la creatividad de ustedes para explorar nuevos caminos, siempre en fidelidad a nuestras raíces.

Queridos jóvenes, ustedes son la esperanza viva de una Iglesia en camino. Por eso les agradezco su presencia y su contribución a la vida del Cuerpo de Cristo. Y les pido: no permitan que nos falte nunca el lío bueno que ustedes hacen; el empuje que tienen, como el de un motor limpio y ágil; su modo original de vivir y anunciar la alegría de Jesús Resucitado. Rezo por ello; y ustedes también, por favor, recen por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 25 de marzo de 2024, Lunes Santo.

1 Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, n. 123.
2 *Ibíd.*, n. 130.
3 Cf. *ibíd.*, n. 126.
4 Sínodo de los Obispos, XV Asamblea General Ordinaria. Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento Final, n. 121.

Cinco años después de la exhortación apostólica postsinodal «Christus vivit»

Mensajes y retos para el futuro

KEVIN FARRELL*

En 2019, con la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* (*CHV*), el Papa Francisco completó el camino sinodal iniciado por él mismo en octubre de 2016, cuando anunció el tema de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». Por primera vez, la Iglesia escuchaba a los jóvenes a gran escala: a través de las numerosas consultas locales, en el pre-Sínodo celebrado en Roma que involucró a unos 300 jóvenes; durante la misma asamblea sinodal en la que participaron jóvenes delegados de todo el mundo.

Cinco años después de la publicación de la *Christus vivit*, el 25 de marzo de 2019, es oportuno en primer lugar volver a los tres grandes mensajes dirigidos a los jóvenes por el Santo Padre, contenidos en el capítulo IV, corazón de la exhortación apostólica.

Dios es amor

La primera gran realidad a anunciar a un corazón joven es que «Dios es amor». «Dios te ama. Nunca lo dudes» (*CHV* 112), dice el Santo Padre a cada joven, el suyo es un amor que «sabe más de levantadas que de caídas, de reconciliación que de prohibición, de dar nueva oportunidad que de condenar, de futuro que de pasado» (*CHV* 116). Los jóvenes necesitan, ante todo, sentirse amados y tener la certeza de que Alguien los ha creado para derramar en ellos Su infinito amor.

Cristo te salva

El segundo gran mensaje es que «Cristo te salva». Jesús nos ama y nos salva porque «sólo lo que se ama puede ser salvado. Solamente lo que se abraza puede ser transformado. El amor del Señor es más grande que todas nuestras contradicciones, que todas nuestras fragilidades y que todas nuestras pequeñeces» (*CHV* 120). El amor de Jesús que salva y transforma concierne a todos los jóvenes y, por tanto, como recordó con fuerza el Santo Padre durante la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) en Lisboa, ¡hay que llevarlo a "todos, todos, todos"!

Vive

El tercer mensaje fundamental es que «¡Cristo vive!». En el anuncio cristiano a los jóvenes, siempre hay que hacer un "paso al hoy" para evitar considerar a Jesús solo como un buen ejemplo del pasado, un simple recuerdo, como alguien que cumplió su misión hace dos mil años pero que ahora no nos sirve, no nos libera, nos deja iguales que antes (cf. *CHV* 124). De la certeza de que Jesús está aquí, ahora, a mi lado y "en mí", nace un nuevo impulso: «Él vive eso es una garantía de que el bien puede hacerse camino en nuestra vida, y de que nuestros cansancios servirán para algo. Entonces podemos abandonar los lamentos y mirar para adelante» (*CHV* 127).

A los tres mensajes kerigmáticos del capítulo IV, es útil añadir algunos grandes desafíos que el documento papal plantea para la pastoral juvenil y con los que debemos volver a dejarnos interpelar, recordando siempre que los jóvenes son el presente y no solo el futuro de la Iglesia y del mundo (cf. *CHV* 64).

Crear experiencias de encuentro

Un primer gran desafío es hacer que todas las propuestas pastorales dirigidas a los jóvenes se conviertan en ocasión de encuentro personal con Cristo. Un buen ejemplo al que mirar es el de las JMJ que ponen en el centro precisamente la experiencia del encuentro: encuentro con Cristo, con la propia historia y vocación, con el Papa y la Iglesia y con

SIGUE EN LA PÁGINA 6

El Papa Francisco en las celebraciones del Triduo Sacro de Semana Santa

Jueves Santo: Misa Crismal presidida po

El sacerdote no juzga sino que ll

En la mañana del 28 de marzo, el Papa Francisco presidió en la basílica vaticana la Misa Crismal con motivo de la festividad del Jueves Santo, liturgia que se celebra este día en todas las iglesias catedrales. Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice.

«Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él» (*Lc* 4,20). Llama la atención este pasaje del Evangelio, pues nos lleva a visualizar la escena, a imaginar ese momento de silencio en el que todas las miradas estaban concentradas en Jesús, en una mezcla de estupor y desconfianza. Sabemos sin embargo cómo terminaría: después de que Jesús hubo desenmascarado las falsas expectativas de sus compaisanos, estos «se enfurecieron» (*Lc* 4,28), salieron y lo echaron fuera de la ciudad. Sus ojos habían estado fijos en Jesús, pero sus corazones no estaban dispuestos a cambiar a causa de su palabra. De ese modo, perdieron la oportunidad de sus vidas.

Pero hoy, en esta tarde de Jueves Santo, se produce un cruce de miradas alternativo. El protagonista es el primer Pastor de nuestra Iglesia, Pedro. Al principio, tampoco él dio fe a la palabra "desenmascarante" que el Señor le había dirigido: «Me habrás negado tres veces» (*Mc* 14,30). Por eso, "perdió de vista" a Jesús y lo negó cuando cantó el gallo. Pero después, cuando "el Señor, dándose vuelta, lo miró, este recordó las palabras que él le había dicho. Y saliendo afuera, lloró amargamente" (cf. *Lc* 22,61-62). Sus ojos se llenaron de lágrimas que, nacidas de un corazón herido, lo liberaron de convicciones y justificaciones falsas. Aquel llanto amargo le cambió la vida.

Las palabras y los gestos de Jesús durante tantos años no habían logrado mover a Pedro de sus expectativas, parecidas a las de la gente de Nazaret. También él esperaba un Mesías político y poderoso, fuerte y resolutivo, y frente al escándalo de un Jesús débil, arrestado sin oponer resistencia, declaró: «No lo conozco» (*Lc* 22,57). Y es verdad, no lo conocía, comenzó a conocerlo cuando, en la oscuridad de la negación, dio cabida a lágrimas de vergüenza, a las lágrimas de arrepentimiento. Y lo conocerá de verdad cuando, entristecido «de que por tercera vez le preguntara si lo quería», se dejó atravesar sin reservas por la mirada de Jesús. Entonces, del «no lo conozco» pasará a decir: «Señor, tú lo sabes todo» (*Jn* 21,17).

Queridos hermanos sacerdotes, la curación del corazón de Pedro, la curación del Apóstol y la curación del Pastor son posibles cuando, heridos y arrepentidos, nos dejamos perdonar por Jesús; estas curaciones pasan a través de las lágrimas, del llanto amargo y del dolor que permite redescubrir el amor. Por eso, desde hace tiempo siento la necesidad de compartir con ustedes, algunos pensamientos sobre un aspecto de la vida espiritual bastante descuidado, pero esencial. Lo propongo hoy con una palabra tal vez pasada de moda, pero que creo que nos haga bien redescubrir: la compunción.

¿Qué es la compunción? La palabra evoca el punzar. La compunción es "una punción en el corazón", un pinchazo que lo hiere, haciendo brotar lágrimas de arrepentimiento. Nos ayuda a explicarlo otro episodio relacionado también con san Pedro. Él, traspasado por la mirada y las palabras de Jesús resucitado el día de Pentecostés, purificado y lleno del fuego del Espíritu, proclamó a los habitantes de Jerusalén: «a ese Jesús que ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías» (*Hch* 2,36). Los que escuchaban advirtieron a la vez el mal que habían hecho y la salvación que el Señor derramaba sobre ellos, y «al oír estas cosas –dice el texto–, todos se conmovieron profundamente» (*Hch* 2,37).

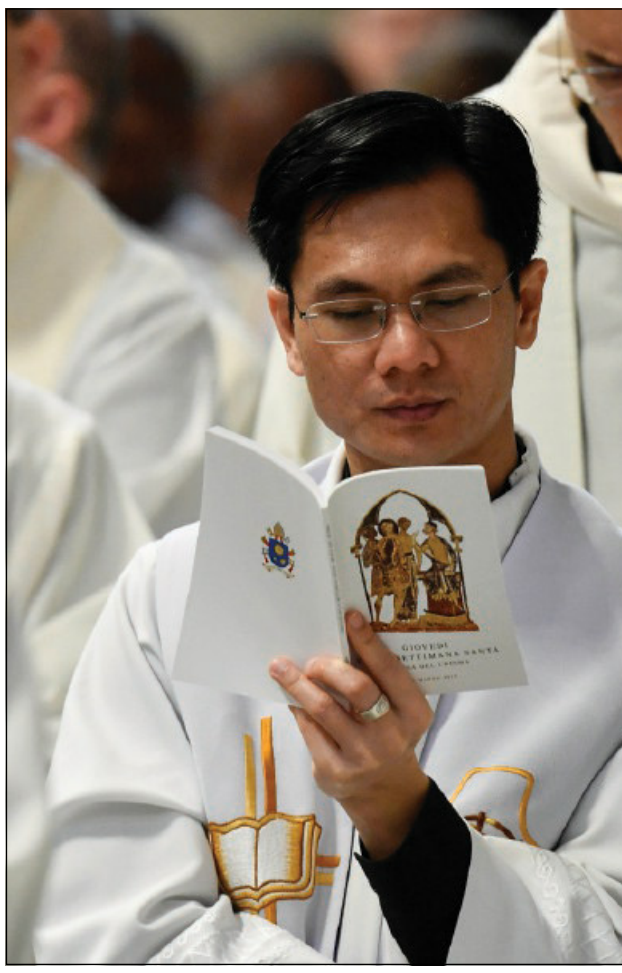
Esta es la compunción, no es un sentimiento de culpa que nos tumba por tierra, no es el escrúpulo que paraliza, sino que es un aguijón benéfico que quema por dentro y cura, porque el corazón, cuando ve el propio mal y se reconoce pecador, se abre, acoge la acción del Espíritu Santo, agua viva que lo sacude haciendo correr las lágrimas sobre el rostro. Quien se quita la máscara y deja que Dios mire su corazón recibe el don de estas lágrimas, que son las aguas más santas después de las del Bautismo[1]. Queridos hermanos sacerdotes, hoy les deseo esto.

Pero es necesario comprender bien qué significan las lágrimas de compunción. No se trata de sentir lástima de uno mismo, como frecuentemente nos vemos tentados a hacer. Esto sucede, por ejemplo, cuando estamos desilusionados o preocupados por nuestras expectativas frustradas, por la falta de comprensión por parte de los demás, tal vez hermanos de comunidad o superiores. También cuando, a causa de un extraño y malsano gusto de nuestro espíritu, nos regodeamos en los agravios recibidos para autocompadecernos, pensando que no nos han dado lo que merecíamos e imaginando que el futuro no nos depara otra cosa que continuas desilusiones. Esta –nos enseña san Pablo– es la tristeza según el mundo, opuesta a la tristeza que es según Dios [2].

Tener lágrimas de compunción, en cambio, es arrepentirse seriamente de haber entristecido a Dios con el pecado; es reconocer estar siempre en deuda y no ser nunca acreedores; es admitir haber perdido el camino de la santidad, no habiendo creído en el amor de Aquel que dio su vida por mí [3]. Es mirarme dentro y dolerme por mi ingratitud y mi inconstancia; es considerar con tristeza mi doblez y mis falsedades; es bajar a los recovecos de mi hipocresía. La hipocresía clerical, queridos hermanos, es aquella hipocresía en la que nos resbalamos tanto, tanto. Tengan cuidado con la hipocresía clerical. Para después, fijar la mirada en el Crucificado y dejarme conmover por su amor que siempre perdona y levanta, que nunca defrauda las esperanzas de quien confía en Él. Así las lágrimas siguen derramándose y purifican el corazón.

La compunción, claro está, requiere esfuerzo pero restituye la paz; no provoca angustia, sino que aligera el alma de las cargas, porque actúa en la herida del pecado, disponiéndonos a recibir precisamente allí la caricia del Señor, que trasforma el corazón cuando está «contrito y humillado» (*Sal* 51,19), suavizado por las lágrimas. La compunción es por tanto el antídoto contra la esclerosis del corazón, contra esa dureza del corazón que tanto denunció Jesús (cf. *Mc* 3,5; 10,5). El corazón sin arrepentimiento ni llanto se vuelve rígido. Primero se afianza en sus rutinas, después es intolerante con los problemas y las personas le son indiferentes, luego se torna frío y casi impasible, como envuelto en una coraza inquebrantable, y finalmente se vuelve un corazón de piedra. Pero, como una gota excava la piedra, así las lágrimas excavan lentamente los corazones endurecidos. Se asiste de esta manera al milagro de la tristeza, de la buena tristeza que lleva a la dulzura.

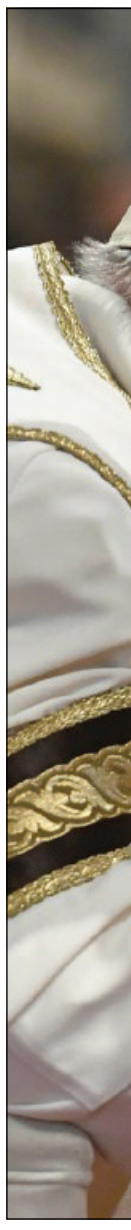
Comprendemos entonces por qué los maestros espirituales insisten sobre la compunción. San Benito invitaba cada día a «confesar diariamente a Dios en la oración, con lágrimas y gemidos, las culpas pasadas»[4], y afirmaba que al rezar no seríamos escuchados «por hablar mucho, sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas»[5]. Y si para san Juan Crisóstomo una sola lágrima es capaz de apagar un brasero de culpas[6], en la Imitación de Cristo se recomienda: «Date a la compunción del corazón», en cuanto «por la liviandad del corazón y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los males de nuestra alma»[7]. La compunción es el remedio, porque nos muestra la verdad de nosotros mismos, de modo que la profundidad de nuestro ser pecadores revela la realidad infinitamente más grande de nuestro ser perdonados, la alegría de



ser perdonados. Por eso no nos debe extrañar la afirmación de Isaac de Nínive: «El que olvida la medida de sus propios pecados, olvida la medida de la gracia de Dios hacia él»[8].

Es verdad, queridos hermanos y hermanas, cada uno de nuestros renacimientos interiores brotan siempre del encuentro entre nuestra miseria y la misericordia del Señor –se encuentran nuestra miseria y su misericordia–, cada renacimiento interior pasa a través de nuestra pobreza de espíritu, que permite que el Espíritu Santo nos enriquezca. Con esta luz se comprenden las fuertes afirmaciones de tantos maestros espirituales. Detengámonos otra vez en las afirmaciones paradójicas de san Isaac: «Aquel que conoce sus pecados […] es más grande de aquel que con la oración resucita muertos. Aquel que llora una hora sobre sí mismo es más grande que quien sirve el mundo entero con la contemplación […]. Aquel al que ha sido dado conocerse a sí mismo es más grande que aquel a quien le fue dado ver a los ángeles»[9].

Hermanos, volvamos a nosotros sacerdotes y preguntémonos cuán presentes están la compunción y las lágrimas en nuestro examen de conciencia y en nuestra oración. Interroguémonos si con el pasar de los años las lágrimas aumentan. Bajo este aspecto sería bueno que ocurriese al revés de como sucede en la vida biológica, en la que cuando crecemos lloramos menos que cuando éramos niños. Sin embargo,



a. Jueves Santo

r el Pontífice en la Basílica de San Pedro

ora por los pecados de los demás

en la vida espiritual, en la que cuenta hacerse como niños (cf. *Mt* 18,3), quien no llora retrocede, envejece por dentro, mientras que quien alcanza una oración más sencilla e íntima, hecha de adoración y conmoción ante Dios, madura. Se liga menos a sí mismo y más a Cristo, y se hace pobre de espíritu. De ese modo se siente más cercano a los pobres, los predilectos de Dios, que –como escribe san Francisco en su testamento– antes, "como estaba en mis pecados", los tenía lejos, pero cuya compañía, después, de amarga se convirtió en dulce[10]. Y, de ese modo, quien se compunge de corazón se siente más hermano de todos los pecadores del mundo, se siente más hermano sin un atisbo de superioridad o de aspereza de juicio, sino siempre con el deseo de amar y reparar.

Y esta, queridos hermanos, es otra característica de la compunción, la solidaridad. Un corazón dócil, liberado por el espíritu de las Bienaventuranzas, se inclina naturalmente a hacer compunción por los demás; en vez de enfadarse o escandalizarse por el mal que cometen los hermanos, llora por sus pecados. No se escandaliza. Se

realiza entonces una especie de vuelco, donde la tendencia natural a ser indulgentes consigo mismo e inflexibles con los demás se invierte y, por gracia de Dios, uno se vuelve severo consigo mismo y misericordioso con los demás. Y el Señor busca, especialmente entre los consagrados a Él, a quienes lloren los pecados de la Iglesia y del mundo, haciéndose instrumento de intercesión por todos. Cuántos testigos heroicos en la Iglesia nos indican este camino. Pensemos en los monjes del desierto, en Oriente y en Occidente; en la intercesión continua, entre gemidos y lágrimas, de san Gregorio de Narek; en la ofrenda franciscana por el Amor no amado; en sacerdotes, como el cura de Ars, que vivían en penitencia por la salvación de los demás. Queridos hermanos, esto no se trata de poesía, esto es el sacerdocio.

Queridos hermanos, a nosotros, sus Pastores, el Señor no nos pide juicios despectivos sobre los que no creen, sino amor y lágrimas por los que están alejados. Las situaciones difíciles que vemos y vivimos, la falta de fe, los sufrimientos que tocamos, al entrar en contacto con un corazón compungido, no suscitan la determinación en la polémica, sino la perseverancia en la misericordia. Cuánto necesitamos liberarnos de resistencias y recriminaciones, de egoísmos y ambiciones, de rigorismos e insatisfacciones, para encomendarnos e interceder ante Dios, encontrando en Él una paz que salva de cualquier tempestad. Adoremos, intercedamos y lloremos por los demás. Permitamos al Señor que realice maravillas. No temamos, Él nos sorprenderá.

Nuestro ministerio lo agradecerá. Hoy, en una sociedad secularizada, corremos el riesgo de mostrarnos muy activos y al mismo tiempo de sentirnos impotentes, con el resultado de perder el entusiasmo y de caer en la tentación de "tirar los remos en la barca", de encerrarnos en la queja y de hacer prevalecer la magnitud de los problemas sobre la inmensidad de Dios. Si esto sucede, nos volvemos amargos y sarcásticos, siempre chismorreando, siempre encontrando una ocasión para quejarse. Pero si, por el contrario, la amargura y la compunción, en vez de dirigirse hacia el mundo, se dirigen hacia el propio corazón, el Señor no dejará de visitarnos y de alzarnos de nuevo. Como nos exhorta la Imitación de Cristo: «No te ocupes en cosas ajenas ni te entremetas en las causas de los mayores. Mira siempre primero por ti, y amonéstate a ti mismo más especialmente que a todos cuantos quieres bien. Si no eres favorecido de los hombres, no te entristezcas por eso, sino aflígete de que no te portas con el cuidado y circunspección que convienen»[11].

Por último, quisiera señalar un aspecto esencial: la compunción no es el fruto de nuestro trabajo, sino que es una gracia y como tal ha de pedirse en la oración. El arrepentimiento es don de Dios, es fruto de la acción del Espíritu Santo. Para facilitar su crecimiento, comparto con ustedes dos pequeños consejos. El primero es el de no mirar la vida y la llamada en una perspectiva de eficacia y de inmediatez, ligada sólo al hoy y a sus urgencias y expectativas, sino en el conjunto del pasado y del futuro. Del pasado, recordando la fidelidad de Dios –Dios es fiel–, haciendo memoria de su perdón, anclándonos en su amor; y del futuro, pensando en el destino eterno al que estamos llamados, en el fin último de nuestra existencia. Ampliar los horizontes queridos hermanos, ampliar los horizontes ayuda a dilatar el corazón, estimula a entrar en uno mismo con el Señor y a experimentar la compunción. Un segundo consejo, que es consecuencia de esto: es redescubrir la necesidad de dedicarnos a una oración que no sea de compromiso y funcional, sino gratuita, serena y prolongada. Hermano, ¿cómo está tu oración? Volvamos a la adoración y volvamos a la oración del corazón. ¿Te has olvidado de adorar? Repitamos: Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador. Sintamos la grandeza de Dios en nuestra bajeza de pecadores, para mirarnos dentro y dejarnos atravesar por su mirada. Redescubriremos la sabiduría de la Santa Madre Iglesia, que nos introduce siempre en la oración con la invocación del pobre que grita: Dios mío, ven en mi auxilio.

Queridos hermanos, volvamos ahora a san Pedro y a sus lágrimas. El altar puesto sobre su tumba nos debe hacer pensar cuántas veces nosotros, que allí decimos cada día: «Tomen y coman todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes», cuántas veces decepcionamos y entristecemos a Aquel que nos ama hasta el punto de hacer de nuestras manos los instrumentos de su presencia. Está bien por tanto hacer nuestras aquellas palabras con las que nos preparamos en voz baja: «Lava del todo mi delito, Señor, y limpia mi pecado» (cf. *Sal* 50). En todo, hermanos, nos consuela la certeza que hoy nos ha sido entregada en la Palabra: el Señor, consagrado con la unción (cf. *Lc* 4,18), ha venido «a vendar los corazones heridos» (*Is* 61,1). Por tanto, si el corazón se rompe podrá ser vendado y curado por Jesús. Gracias, queridos sacerdotes, gracias por sus corazones abiertos y dóciles; gracias por sus fatigas y gracias por sus lágrimas, gracias por llevar la maravilla de la misericordia. Perdonen siempre, sean misericordiosos y lleven esta misericordia, lleven a Dios a los hermanos y a las hermanas de nuestro tiempo. Queridos sacerdotes, que el Señor los consuele, los confirme y los recompense. Gracias.

Notas

1 «En la Iglesia, existen el agua y las lágrimas: el agua del Bautismo y las lágrimas de la Penitencia» (S. Ambrosio, *Epistula extra collectionem*, I, 12).
2 «Esa tristeza produce un arrepentimiento que lleva a la salvación y no se debe lamentar; en cambio, la tristeza del mundo produce la muerte» (*2 Co* 7,10).
3 Cf. S. Juan Crisóstomo, *De compunctione*, I, 10.
4 *Regla*, IV, 57.
5 *Ibíd.*, XX, 3.
6 Cf. *De paenitentia*, VII, 5.
7 Cap. XXI, 2.
8 Discursos espirituales (III Colección), XII.
9 *Discursos espirituales* (I Colección), XXXIV (versión griega).
10 Cf. *Testamento*, 1-3.
11 Cap. XXI.

Vía Crucis 2024 en el Coliseo: las meditaciones son escritas por Francisco

"En oración con Jesús en el camino de la Cruz" es el tema de las reflexiones que acompañarán las catorce estaciones en el tradicional y pío rito que tiene lugar cada Viernes Santo por la noche.

Salvatore Cernuzio

Después de obispos, religiosos, familias, jóvenes, estudiantes, matrimonios, misioneros, migrantes, refugiados de guerra, este año es el propio Papa quien escribe las meditaciones del Vía Crucis del Viernes Santo en el Coliseo.
Es la primera vez que esto sucede en el pontificado de Jorge Mario Bergoglio. "En oración con Jesús en el Vía Crucis" es el tema elegido para las reflexiones que acompañarán las catorce estaciones que recuerdan el camino de Jesús hacia el Gólgota. Un título que sugiere el carácter profundamente "meditativo" de estos textos que, como señala la Oficina de Prensa de la Santa Sede, serán, por tanto, "un acto de meditación y espiritualidad, con Jesús en el centro. Él es quien hace el camino de la Cruz y nosotros nos ponemos en camino con Él. Todo está muy centrado en lo que Jesús vive en ese momento y está claro que nos extendemos en el tema del sufrimiento...".

Referencias más amplias

No habrá referencias tan directas a la actualidad, como en años anteriores, en los que participaron refugiados, víctimas de la trata o personas de países en guerra, o, el año pasado, con testimonios y diálogos tomados de los países heridos visitados por el Papa durante sus viajes apostólicos. Aunque "en este vía crucis, las conexiones son más amplias, al ser una oración, la referencia se amplía... La oración no va por categorías de personas, sino por situaciones". Ciertamente, la elección va unida al Año de la Oración que el Papa Francisco ha querido convocar como preparación al Jubileo, un acontecimiento que, como siempre ha dicho, tiene ante todo un carácter espiritual.

La presencia del Papa en el Palatino

En cuanto a la presencia del Papa en el Vía Crucis, teniendo en cuenta las condiciones de salud del Pontífice y la disminución de las temperaturas en Roma, no ha habido confirmación ni desmentido por parte de la Oficina de Prensa del Vaticano: se mantiene lo ya anunciado anteriormente, es decir, que el Papa estará el viernes por la tarde en el Palatino. "Por el momento no hay cambios respecto a lo ya previsto". Los textos de las meditaciones se distribuirán el viernes 29 de marzo y ese mismo día se darán más detalles sobre quiénes actuarán como los portadores de la cruz, a lo largo de las antiguas calles que rodean el Coliseo. Ciertamente, "las personas que llevan la cruz están relacionadas con la reflexión en la estación".

Los autores de las meditaciones en estos once años

En 2013, para el primer Vía Crucis de su pontificado, Francisco había confiado las meditaciones a un grupo de jóvenes libaneses bajo la guía del cardenal Béchara Boutros Raï; en 2014, fue el turno de monseñor Giancarlo Maria Bregantini, arzobispo de Campobasso-Boiano; en 2015, monseñor Renato Corti, obispo emérito de Novara; en 2016, el cardenal Gualtiero Bassetti, arzobispo de Perugia-Città della Pieve, que fue elegido presidente de la CEI al año siguiente. En 2017, el Papa había elegido como autora de las catorce meditaciones a la biblista francesa Anne-Marie Pelletier, la primera mujer galardonada con el Premio Ratzinger.

En cambio, en 2018, las meditaciones fueron fruto de pensamientos, preguntas y observaciones de algunos jóvenes de entre 16 y 27 años, coordinados por el entonces "profesor" Andrea Monda, actual director de L'Osservatore Romano. Luego, en 2019, los textos giraron en torno al tema de la trata de seres humanos y fueron redactados por sor Eugenia Bonetti, misionera de la Consolata y presidenta de la Asociación "Esclavos nunca más". "Con Cristo y con las mujeres en el camino de la cruz" es el título de las meditaciones. El año de la pandemia del Covid-19, 2020, tuvo en cambio como protagonistas del Vía Crucis en el escenario inédito de una Plaza de San Pedro aislada, a los reclusos de la cárcel "Due Palazzi" de Padua. También hubo meditaciones preparadas por un grupo al año siguiente, 2021, en este caso de los scouts (Agesci "Foligno I", en Umbría), y la parroquia romana Santi Martiri di Uganda como autores que también habían acompañado sus escritos con algunos dibujos.
En 2022, el Papa Francisco había querido que la familia, con todas sus alegrías y fatigas, con sus diferentes vertientes y declinaciones, fuera el centro del Vía Crucis del Viernes Santo. Por ello, cada estación fue confiada a un tipo diferente de familia: un matrimonio y una de ancianos sin hijos; una familia numerosa y una que ha perdido una hija; una familia con un hijo con discapacidad, consagrado, una familia con un padre enfermo o que ha perdido una hija; una familia en misión, una familia adoptiva, una familia que dirige una "Casa Familia", dos abuelos, una viuda, padres e hijos emigrantes, dos familias: una ucraniana y otra rusa. Por último, en 2023, casi como si quisiera volver a tejer el hilo de sus diez años de pontificado celebrados unos días antes, eligió intercalar las etapas del Vía Crucis del Viernes Santo con textos tomados de testimonios, diálogos, discursos recogidos durante sus numerosos viajes apostólicos a los cinco continentes o en otras ocasiones. Voces de paz en un mundo en guerra", el título; las voces, es decir, de hombres y mujeres de diversas regiones afligidos por la violencia, la pobreza y el odio fratricida que hiere al mundo.

Mensajes y retos para el futuro

Viene de la página 3

otros jóvenes. Los frutos de estas experiencias de encuentro, aunque no sean visibles inmediatamente, son múltiples: los primeros brotes tiernos de un futuro matrimonio; el inicio de una llamada a la vida consagrada; la escucha del grito de los pobres, la llamada de los excluidos y de la Creación, que empujan a los jóvenes a levantarse y actuar con rapidez, comprometiéndose en el servicio, en el voluntariado, en la caridad, en la vida social, en la política. Este estilo de encuentro adquiere cada vez más valor en nuestra sociedad, en la que los jóvenes están expuestos al riesgo de aislamiento y repliegue sobre sí mismos, sobre todo debido al uso excesivo de las redes sociales.

Estarán buscando abrir paso a la sangre nueva

Es necesario hacer espacio para los jóvenes y su ardor, no relegándolos a un lugar marginal o aislándolos del resto de la comunidad, sino aprendiendo a caminar junto a ellos, siguiendo su ritmo. En este sentido, el Santo Padre habla de una «pastoral juvenil popular» (*CHV* 230-238) que supere los esquemas habituales, que experimente métodos y ritmos nuevos y que se desarrolle en los lugares donde los jóvenes se mueven concretamente, valorando también a aquellos jóvenes creyentes que son líderes naturales y saben animar y estimular a sus coetáneos (cf. *CHV* 230).

Vivir la sinodalidad

Se invita a la Iglesia a todos los niveles a escuchar la voz de los jóvenes y a fomentar su participación activa. Las Iglesias locales donde esto se ha hecho han visto nacer verdaderos laboratorios de sinodalidad vivida y, en varios casos, han sido precisamente los jóvenes quienes han pedido con valentía a su comunidad local que "caminen juntos" a través de un dinamismo de corresponsabilidad (cf. *CHV* 206).

Eso llegará a todo el mundo

Nunca podemos conformarnos con esa pequeña parte de jóvenes que ya se siente en la Iglesia y que constituye gran parte de los grupos juveniles parroquiales o de los movimientos eclesiales. La misión que la *Christus vivit* nos confía es tener el coraje y la confianza de ir a buscar a aquellos que están lejos de toda experiencia de fe. El Santo Padre nos invita a creer en la fuerza evangelizadora de los propios jóvenes, porque muchos de ellos, más de los que creemos, están ansiosos por reunirse con sus compañeros y encender estrellas en la noche de otros jóvenes (cf. *CHV* 33).
En el mensaje a los jóvenes publicado ayer, el Santo Padre habla repetidamente de la esperanza. La esperanza que nace de la certeza de la presencia viva de Cristo junto a cada joven para que «incluso los pesos más grandes se vuelvan menos pesados, porque Él los llevará contigo». La esperanza en la resurrección que marca «la victoria de la vida sobre la muerte» y de la que es signo fuerte la cruz «vacía», sin crucifijo, de las JMJ, que los jóvenes siguen llevando al mundo. La esperanza que los propios jóvenes representan para la Iglesia. Ellos, de hecho, afirma el Santo Padre, son «esperanza viva de una Iglesia en camino» y por eso los exhorta diciendo: «no nos hagáis faltar nunca vuestra forma original de vivir y anunciar la alegría de Jesús Resucitado» (Mensaje a los jóvenes en el quinto aniversario de la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 25 de marzo de 2024).
Pensando en los jóvenes, por tanto, adoptemos todos esta «mirada de esperanza» que el Santo Padre nos propone, no dejemos que prevalezca el pesimismo, la resignación, la apatía hacia ellos. Nuestra tarea como Iglesia "adulta" es estar cerca y unidos a la "Iglesia joven", como aparece en la hermosa imagen de Pedro y Juan en el sepulcro (cf. *CHV* 299). Estamos invitados a poner al servicio de los jóvenes la experiencia y la sabiduría de los años, a mostrar la meta, a canalizar de manera constructiva sus dones y talentos. Pero nunca debe faltar en nosotros la certeza de que los jóvenes tienen entusiasmo, carisma, ideas nuevas, inspiraciones, ideales nobles y, sobre todo, fe y amor sinceros hacia el Señor Jesús.

**Cardenal Prefecto del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida.*

El aliento de Francisco en el Hospital Infantil Bambino Gesù

El regalo, el cuidado y la comunidad

"Vidas que ayudan a la vida" estaba escrito en la pancarta azul desenrollada a la entrada de Francisco en el Aula Pablo VI la mañana del sábado 16 de marzo, con motivo de la audiencia a la comunidad del Hospital Infantil Bambino Gesù. El eslogan acompaña las diversas iniciativas que están caracterizando este 2024 como el "año del regalo" para celebrar el centenario de la donación por parte de la familia Salviati a la Santa Sede de lo que desde entonces se conoce como el "hospital del Papa". Dirigidos por el presidente Tiziano Onesti y por la heredera de la familia fundadora Maria Grazia Salviati, estaban presentes más de tres mil médicos, enfermeras, investigadores, personal técnico y administrativo, voluntarios y, sobre todo, pequeños pacientes, unos doscientos, con sus familiares. Entre ellos también huéspedes de países pobres o en guerra, que han encontrado posibilidades de asistencia y cuidado. Algunos niños han ofrecido al Pontífice hojas con pensamientos escritos para él y dibujos de los menores hospitalizados en las seis sedes del "Niño Jesús". Publicamos, a continuación, el texto del discurso preparado por Francisco para el encuentro, que fue leído por uno de sus colaboradores.

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días y bienvenidos todos!

Estoy muy contento de conoceros, mientras recordáis el primer centenario de la fundación del Hospital Pediátrico Bambino Gesù. Hace un siglo, la familia Salviati lo donó a la Santa Sede: el primer hospital real dedicado a los niños. La donación fue acogida por Pío XI, que vio en la obra la expresión de la caridad del Papa y de la Iglesia hacia los pequeños enfermos, y desde entonces es conocido como el "Hospital del Papa".

Detengámonos entonces un momento a reflexionar, con gratitud, sobre la riqueza de esta institución, desarrollada a lo largo de un siglo de historia, subrayando tres aspectos: el don, el cuidado y la comunidad.

Primer aspecto: el don. Hoy en día, el «Niño Jesús» es uno de los centros de investigación y atención pediátrica más grandes de Europa, un punto de referencia para familias de todo el mundo. Pero sigue siendo fundamental, en su historia y en su vocación, el elemento del don, con los valores de gratuidad, generosidad, disponibilidad y humildad. Es bueno recordar, a este respecto, el gesto de los hijos de la duquesa Arabella Salviati que, al principio de su historia, le dieron a su madre su alcancía para crear un hospital para niños: nos dice que esta gran obra también se basa en regalos humildes, como el de estos niños en beneficio de sus compañeros enfermos. Y en la misma perspectiva es bueno, en nuestros días, mencionar la generosidad de los muchos benefactores gracias a los cuales se ha podido crear, en Passoscuro, un Centro de Cuidados Paliativos para pacientes muy jóvenes que padecen enfermedades incurables.

Solo bajo esta luz se puede comprender plenamente el valor de lo que hacéis, desde las cosas más pequeñas hasta las más grandes, y se puede seguir soñando para el futuro. Pensemos, por ejemplo, en la perspectiva de una nueva sede en Roma, cuyas premisas se han puesto recientemente, con un acuerdo entre la Santa Sede y el Estado italiano. Así como el notable compromiso económico ordinario y extraordinario, vinculado a la protección y mantenimiento de estructuras y equipos; a la garantía de calidad

profesional de médicos y operadores; a la investigación científica; hasta llegar a la acogida de niños necesitados procedentes de todo el mundo, ofrecida sin distinción de condición social, nacionalidad o religión. En todo esto, el don es un elemento indispensable de vuestro ser y de vuestro actuar.

Segundo aspecto: la cura. La ciencia, y en consecuencia la capacidad de cuidado, se puede decir que es la primera de las tareas que caracteriza hoy en día al Hospital Bambino Gesù. Es la respuesta concreta que dais a las sentidas peticiones de ayuda de familias que piden para sus hijos asistencia y, cuando es posible, curación. Por lo tanto, la excelencia en la investigación biomédica es importante. Os animo a cultivarla con el impulso de ofrecer lo mejor de vosotros mismos y con especial atención a los más frágiles, como los pacientes que padecen enfermedades graves, raras o ultra raras. No solo eso, sino que para que la ciencia y la competencia no sigan siendo privilegio de unos pocos, os exhorto a seguir poniendo los frutos de vuestra investigación a disposición de todos, especialmente allí donde más se necesitan, como lo hacéis, por ejemplo, contribuyendo a la formación de médicos y enfermeras africanos, asiáticos y de Oriente Medio.

Hablando de cuidados, sabemos que la enfermedad de un niño afecta a todos los miembros de su familia. Por eso, es un gran consuelo saber que son muchas las familias atendidas por vuestros servicios, acogidas en estructuras relacionadas con el hospital y acompañadas por vuestra amabilidad y cercanía. Este es un elemento calificativo, que nunca debe pasarse por alto, aunque sé que a veces trabajas en condiciones difíciles. Más bien sacrificamos otra cosa, pero no la bondad y la ternura. No hay cuidado sin relación, proximidad y ternura, a todos los niveles.

Y por último llegamos al tercer punto: la comunidad. Una de las expresiones más bellas que describen la misión del "Niño Jesús" es "Vidas que ayudan a la vida". Es bella, porque habla de una misión llevada a cabo juntos, con una acción común en la que encuentra su lugar el don de cada uno. Esta es vuestra verdadera fuerza y el requisito previo para afrontar incluso los desafíos más difíciles. De hecho, el vuestro no es un trabajo como tantos otros: es una misión, que cada uno ejerce de manera diferente. Para algunos, implica la dedicación de toda una vida; para otros, la ofrenda de su tiempo en el voluntariado; para otros, el don de su sangre, su leche, para los recién nacidos hospitalizados cuyas madres no pueden proporcionarlo, hasta la donación de órganos, células y tejidos, ofrecidos por personas vivas o extraídos del cuerpo de personas fallecidas. El amor empuja a algunos padres al gesto heroico de consentir la donación de los órganos de sus hijos que no lo lograron. En todo esto, lo que emerge es un "hacer juntos", donde los diferentes dones contribuyen al bien de los pequeños pacientes.

Queridos hermanos y hermanas, os confieso que cuando vengo al "Niño Jesús" experimento dos sentimientos contradictorios: siento dolor por el sufrimiento de los niños enfermos y de sus padres; pero al mismo tiempo siento una gran esperanza, viendo todo lo que allí se hace para curarlos. ¡Gracias! Gracias por todo esto. Avanzad en esta obra bendita. Os bendigo de corazón y rezo por vosotros. Y vosotros también, por favor, rezad por mí. Gracias.

Al final de la lectura del discurso, el Pontífice añadió improvisadamente el siguiente saludo.

Ahora daré la bendición a todos: a los enfermos, a los médicos, a las enfermeras y a todas las personas que trabajan en este Hospital y para este Hospital. Rezamos a la Virgen para que nos ayude a seguir adelante. Dios te salve María... [Bendición]

Mensaje del Papa a un grupo de hombres y mujeres reunidos en el campamento de Lajas Blancas, cerca de la selva panameña de Darién

Ofreciendo alivio y esperanza en el "vía crucis" de la migración

Ofrecer alivio y esperanza en el "vía crucis" de la migración: es lo que espera el Papa Francisco en un mensaje a las personas reunidas en el campamento de acogida de Lajas Blancas, cerca de la selva panameña de Darién, donde viven unos 3.000 migrantes procedentes de Venezuela, Ecuador, Colombia, Haití, Nicaragua y otros países de América Latina. Están siendo visitados por los participantes en el Encuentro de Obispos Fronterizos de Colombia y Costa Rica y de Panamá, que se celebra en la capital de este último país del 19 al 22 de marzo, por iniciativa del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, representado por el subsecretario Fabio Baggio, scalabriniano, en los trabajos con el tema "Pascua con nuestros hermanos migrantes". Publicamos, a continuación, el mensaje papal en español difundido el jueves 21.

Queridos migrantes:

Quisiera estar ahora acompañándoles personalmente. Yo también soy hijo de migrantes que salieron en búsqueda de un mejor porvenir. Hubo momentos en que ellos se quedaron sin nada, hasta pasar hambre; con las manos vacías, pero el corazón lleno de esperanza. Agradezco a mis hermanos obispos y agentes de pastoral que me representan ante ustedes. Ellos son el rostro de una Iglesia madre que marcha con sus hijos e hijas, en los que descubre el rostro de Cristo y, como la Verónica, con cariño, brinda alivio y esperanza en el viacrucis de la migración. Gracias por comprometerse con nuestros hermanos y hermanas migrantes que representan la carne sufriente de Cristo, cuando se ven forzados a abandonar su tierra, a enfrentarse a los riesgos y a las tribulaciones de un camino duro, al no encontrar otra salida. Hermanos y hermanas migrantes, no se olviden nunca de su dignidad humana. No tengan miedo de mirar a los demás a los ojos porque no son un descarte, sino que también forman parte de la familia humana y de la familia de los hijos de Dios. Y gracias por estar ahí.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y por favor, no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

Roma, San Juan de Letrán, 21 de marzo de 2024

FRANCISCO

Carta del Papa a los católicos de Tierra Santa

De la Pasión a la Resurrección por una Pascua de paz

«En vísperas de esta Pascua, que para ustedes tiene una fuerte carga de Pasión y todavía poco de Resurrección, siento la necesidad de escribirles y decirles que los llevo en el corazón»: Así se dirige el Papa Francisco a los católicos de Tierra Santa, "en particular a cuantos, en estos momentos, están sufriendo dolorosamente el drama absurdo de la guerra", a través de una carta difundida el miércoles 27 de marzo, en plena Semana Santa. Publicamos, a continuación, el texto.

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace tiempo los llevo en mi pensamiento y rezo cada día por ustedes. Pero ahora, en vísperas de esta Pascua, que para ustedes tiene una fuerte carga de Pasión y todavía poco de Resurrección, siento la necesidad de escribirles y decirles que los llevo en el corazón. Me hago cercano a todos ustedes, en sus varios ritos, queridos fieles católicos esparcidos por todo el territorio de la Tierra Santa. En particular a cuantos, en estos momentos, están sufriendo dolorosamente el drama absurdo de la guerra, a los niños a los que se les niega un futuro, a cuantos lloran y sufren, a cuantos experimentan angustia y desorientación.

La Pascua, centro de nuestra fe, tiene aún más significado para ustedes, que la celebran en los lugares en los que el Señor vivió, murió y resucitó. No sólo la historia, ni tampoco la geografía de la salvación existirían sin la tierra que ustedes habitan desde hace siglos, en la que quieren permanecer y donde es un bien que puedan quedarse. Gracias por su testimonio de fe, gracias por la caridad que existe entre ustedes, gracias porque saben esperar contra toda esperanza.

Deseo que cada uno de ustedes sienta mi afecto de padre, que conoce sus sufrimientos y sus fatigas, en particular las de estos últimos meses. Junto a mi afecto, espero que puedan percibir el de todos los católicos del mundo. Que el Señor Jesús, nuestra Vida, como Buen Samaritano derrame sobre las heridas de sus cuerpos y sus almas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

Pensando en ustedes, vuelve a mi mente la peregrinación que realicé hace diez años; y hago mías las palabras que san Pablo VI, primer sucesor de Pedro peregrino en Tierra Santa, dirigió hace cincuenta años a todos los creyentes: «la prolongación del estado de tensión en el Oriente Medio, sin que se hayan dado pasos conclusivos hacia la paz, constituye un grave y permanente peligro que amenaza no sólo la tranquilidad y la seguridad de aquellas poblaciones —y la paz del mundo entero—, sino también ciertos valores sumamente queridos, por distintos motivos, para gran parte de la humanidad» (Exhort. ap. *Nobis in Animo*).

Queridos hermanos y hermanas, la comunidad cristiana de Tierra Santa no sólo ha sido custodia de los lugares de la salvación a lo largo de los siglos, sino que constantemente ha dado testimonio, a través de sus propios sufrimientos, del misterio de la Pasión del Señor. Y, con su capacidad de levantarse y seguir adelante, ha anunciado y sigue anunciando que el Crucificado resucitó, que con los signos de su Pasión apareció a sus discípulos y ascendió al cielo, llevando junto al Padre nuestra humanidad atormentada pero redimida. En estos tiempos oscuros, en los que parece que las tinieblas del Viernes Santo recubren vuestra tierra y tantas partes del mundo son desfiguradas por la inútil locura de la guerra, que es siempre y para todos una sangrienta derrota, ustedes son antorchas encendidas en la noche; son semillas de bien en una tierra desgarrada por los conflictos.

Por ustedes y con ustedes rezo: "Señor, que eres nuestra paz (cf. *Ef* 2,14-22), tú que has proclamado bienaventurados a los que trabajan por la paz (cf. *Mt* 5,9), libera el corazón del hombre del odio, de la violencia y de la venganza. Nosotros te contemplamos y te seguimos a ti, que perdonas, que eres manso y humilde de corazón (cf. *Mt* 11,29). Haz que nadie nos robe del corazón la esperanza de ponernos en pie y de resucitar contigo, haz que no nos cansemos de afirmar la dignidad de todo hombre, sin distinción de religión, etnia o nacionalidad, empezando por los más frágiles, por las mujeres, los ancianos, los pequeños y los pobres".

Hermanos y hermanas, quisiera decirles que no están solos y no los dejaremos solos, sino que permaneceremos solidarios con ustedes a través de la oración y la caridad activa, esperando poder volver pronto a ustedes como peregrinos, para mirarlos a los ojos y abrazarlos, para partir el pan de la fraternidad y contemplar aquellos brotes de esperanza nacidos de vuestras semillas, esparcidas en el dolor y cultivadas con paciencia.

Sé que sus Pastores, los religiosos y las religiosas están junto a ustedes. Les agradezco de corazón todo lo que hacen y continúan haciendo. Que crezca y resplandezca en el crisol del sufrimiento el oro de la unidad, también con los hermanos y las hermanas de las otras confesiones cristianas, a quienes asimismo les deseo manifestar mi cercanía espiritual y expresar mi aliento. A todos los llevo en la oración.

Los bendigo e invoco sobre ustedes la protección de la Bienaventurada Virgen María, hija de vuestra tierra. Renuevo la invitación a todos los cristianos del mundo a hacer sentir su apoyo concreto y a rezar sin cansarse, para que toda la población de vuestra querida tierra esté por fin en paz.

Fraternalmente,

Roma, San Juan de Letrán,
Semana Santa 2024

FRANCISCO

Videomensaje del Papa a la comunidad de la ciudad argentina de Rosario devastada por la violencia

Investigar la corrupción y el blanqueo de dinero que favorecen el narcotráfico

Es necesaria una justicia "independiente" para "investigar las redes de corrupción y lavado de dinero que favorecen el avance del narcotráfico". Así lo afirma el Papa Francisco en un videomensaje dirigido a los habitantes e instituciones de la ciudad argentina de Rosario, conmocionada por la violencia de la delincuencia vinculada al narcotráfico. Publicamos, a continuación, una transcripción del mensaje.

Queridos hermanos y hermanas de Rosario:

Me viene a la mente en este momento un versículo del Evangelio de Mateo: «Felices los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). Es una de las bienaventuranzas. Y en un momento de crisis, como los que vive la Ciudad de Rosario, comprendemos la necesidad de la presencia de las fuerzas de seguridad para llevar tranquilidad a la comunidad. No obstante, sabemos que en el camino de la paz se deben transitar respuestas complejas e integrales, con la colaboración de todas las instituciones que conforman la vida de una sociedad. Es necesario fortalecer la comunidad. Todo Pueblo tiene en sí mismo las herramientas para superar aquello que atenta contra su propia integridad, contra la vida de sus hijos más débiles. Contra tú que atentas, es necesario fortalecer la comunidad. Nadie de buena voluntad puede sentirse excluido ni ser excluido de la gran tarea de que Rosario sea un lugar en el que todos puedan experimentarse hermanos.

Incautan armas en Rosario y la provincia de Santa Fe (Reuters)

Sin complicidades de un sector del poder político, policial, judicial, económico y financiero no sería posible llegar a la situación en la que se encuentra la ciudad de Rosario. Es necesario «rehabilitar la política, que es "una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común"» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 180). Todos los sectores políticos están llamados a transitar el gran camino del consenso y del diálogo para generar leyes y políticas públicas que acompañen un proceso de recuperación del entramado social. La alternancia de las gestiones debe sostener la continuidad de los procesos de cambio. Es necesario trabajar no sólo sobre la oferta, sino también sobre la demanda de drogas, a través de políticas de prevención y asistencia. El silencio del Estado en esta materia sólo naturaliza y facilita la promoción del consumo y comercialización de las mismas.

En un contexto como éste, es necesario que el sistema democrático vele por la institucionalidad de la justicia, de tal manera que pueda ser independiente, para investigar los entramados de la corrupción y del lavado de dinero que facilitan el avance del narcotráfico. Cada miembro del poder judicial es res-

Sigue en la página 9

Camerún, las hermanas de la Caridad en lucha contra la pobreza, la prostitución, la malaria y la tuberculosis

En Ngaoundal, en el centro del país africano, las religiosas de Santa Juana Antida Thouret llevan adelante un centro de formación femenina y dos ambulatorios. Sor Claudine Boloum: "Desde que estamos aquí ha habido mejoras en la condición de la mujer"

FRANCESCA SABATINELLI

Huyendo de un matrimonio precoz o de la calle. Así están casi todas las chicas que llegan al centro de formación femenina de Ngaoundal, en la región de Adamaoua, en el centro de Camerún. Es en este pueblo donde las hermanas de la Caridad de Santa Juana Antida Thouret, presentes en el país africano desde 1987, han dado vida al proyecto destinado a apoyar a estas jóvenes que, ya a los 12 años, corren el riesgo del matrimonio impuesto por sus padres o, alternativamente, de acabar en la red de la prostitución. "Pero una vez que las has independizado es difícil atraparlas", reacciona con convicción sor Claudine Boloum. Chadiana, desde hace cuatro años en Camerún, la religiosa explica que "la escuela abre los ojos a estas chicas, que comienzan a reflexionar", en ese momento en casa ya no pueden casarlas antes de tiempo, además, una vez que se independizan, es difícil hacerlas caer en la prostitución.

Los grupos de nómadas

Al centro instituto llegan en su mayoría chicas musulmanas de etnia Foulbé o Mbororo, nómadas que "trabajan y viven con los animales, que son su prioridad", prosigue sor Claudine. En estos grupos "la mujer no es valorada, los hombres tienen más de una, no tienen trabajo y a menudo ni siquiera pueden alimentar a sus hijos". Las religiosas a lo largo de los años han tratado de apoyar a las familias y se han producido algunas mejoras, continúa la hermana Claudine: "Ahora las mujeres también quieren trabajar, se han dado cuenta de que pueden ser responsables y han comenzado a enviar a sus hijas a la escuela". A estas jóvenes se les enseña corte y costura, pero también contabilidad, y luego, al final de su formación, sabrán expresarse tanto en inglés como en francés.

Ina yNadia

Un ejemplo de estas jóvenes valientes es el de Ina, casada, que ha decidido estudiar para poder salir de casa y poder, algún día, trabajar, un objetivo que alcanzará naturalmente solo con el consentimiento de su marido y de sus padres. La historia de Nadia que viene de Ngaoundéré, un lugar muy alejado de la escuela, es diferente. "Los padres – dice la monja – no tienen los medios para enviarla a una escuela normal y cuando oyó hablar de la nuestra decidió inscribirse para aprender a coser, y logró encontrar el dinero". Una vez aprendido podrá volver a casa y dar vida a su sueño, abrir su pequeña tienda. Sin embargo, todo esto solo será posible si alguien le regala una máquina de coser, que es lo que hacen las Hermanas de la Caridad cuando se trata de jóvenes de familias muy pobres.

El desafío de los brujos

Siempre en la misma zona, las hermanas de la Caridad de Santa Juana Antida Thouret han creado dos ambulatorios, el "Pietro Pecora" y el "Santa Agostina", confiados a enfermeros. Es aquí donde se tratan los casos menos graves de malaria, y es aquí donde se administran las vacunas a los niños y se sigue a las mujeres embarazadas. "El porqué de dos ambulatorios – anticipa la pregunta sor Claudine – deriva del hecho de que muchos no creen en la medicina moderna. Antes de venir aquí, van a ver a los brujos, que los tratan con la 'medicina tradicional' y, por lo tanto, con las hojas de las plantas, solo cuando se dan cuenta de que la persona corre el riesgo de morir deciden llevarla al hospital", que, sin embargo, está a cinco kilómetros del pueblo. Por lo tanto, la presencia de las dos clínicas entre los habitantes hasta ahora ha ayudado a salvar varias vidas. La malaria, la fiebre tifoidea, la tuberculosis y la desnutrición es lo que afecta a la mayoría de los pacientes, muchos de los cuales son niños muy pequeños. "Solo beben leche cruda – explica la hermana Claudine – se enferman de tuberculosis y no pueden alimentarse lo suficiente".

La cuestión de los fármacos

"Aquí en Pietro Pecora -explica Néstor Sadoli, enfermero y responsable del centro- tenemos un programa de vacunas, nos ocupamos de medicina prenatal, de partos, tenemos laboratorios de análisis y también proporcionamos vacunas en las aldeas. Tenemos casos de malaria, disentería, desnutrición, fiebre tifoidea y, a veces, hipertensión y diabetes entre los ancianos". Uno de los problemas más graves es la disponibilidad de medicamentos.

El papel del Grupo India

Un pozo, un centro de formación, dos ambulatorios, la compra de medicamentos y ningún apoyo del Estado que ha hecho tantas promesas a lo largo de los años. "Materiales, máquinas de coser para la escuela, todo esto llega gracias a la subvención anual del Grupo India (ONG fundada por el jesuita Mario Pesce) que nos ayuda a dar a las niñas una vida mejor", concluye Claudine.

#Sistersproject

Investigar la corrupción y el blanqueo de dinero que favorecen el narcotráfico

VIENE DE LA PÁGINA 8

ponsable de custodiar su integridad, la que comienza por la rectitud de su corazón. Asimismo, es de agradecer a todos aquellos hombres y mujeres que, con su compromiso silencioso con la justicia, muchas veces ponen en riesgo su propia vida por el bien común en un contexto tantas veces deshumanizado.

"El empresario es una figura fundamental de toda buena economía: no hay una buena economía sin un buen empresario". Lamentablemente, tampoco hay una mala economía sin la complicidad de una parte del sector privado. Hay una gran tarea por delante en el sector empresarial, no sólo en impedir la complicidad en los negocios con las organizaciones mafiosas, sino también en un compromiso social. Hay grandes ejemplos de ellos en la vida del empresariado argentino, entre los que se encuentra Enrique Shaw. Nadie se salva solo, aun en los barrios privados, se puede encontrar la inseguridad y la amenaza del consumo para los propios hijos. La paz es una empresa que exige de la creatividad y compromiso de todos aquellos que tienen el don de emprender e innovar, y ustedes saben cómo hacerlo. Gracias por ello.

Dado que, en todo sistema mafioso, los pobres son el material descartable, los invito a usar esfuerzos y aunar esfuerzos para que el estado y las instituciones intermedias puedan brindar espacios comunitarios en los barrios vulnerables. Los mismos pueden crear condiciones para que los niños, adolescentes y jóvenes tengan un desarrollo humano integral, para un futuro superador al que tuvieron sus padres y abuelos. Todas las instituciones sociales, civiles y religiosas debemos de estar unidas para hacer lo que mejor sabemos hacer: crear comunidad. Rosario cuenta con una gran riqueza de instituciones al servicio de los demás. Es una riqueza que ustedes tienen. Todos podemos colaborar y ser parte de los espacios deportivos, educativos y comunitarios. El temor siempre aísla, el temor paraliza. No teman comprometerse junto a otros para ser respuesta pacífica e inspiradora. Hermanos y hermanas: la Iglesia, como Madre y samaritana, siempre es llamada a acompañar espiritual y orgánicamente a los familiares de las víctimas que han perdido su vida a causa de la violencia, acompañar a los enfermos, acompañar a quienes viven el flagelo de las adicciones y a sus familiares, acompañar a quienes están presos y luego necesitan un camino de reinserción, acompañar a quienes viven en situaciones de vulnerabilidad extrema. La parroquia es la Iglesia que se hace vecina, es la comunidad donde todos pueden experimentarse amados. Para muchos niños, adolescentes y jóvenes vulnerables será quizás la única experiencia de familia que tendrán la oportunidad de conocer. En estos tiempos, el amor, la caridad será el anuncio más explícito del Evangelio para una sociedad que se siente amenazada.

Queridos hermanos y hermanas rosarinos, estoy cerca de ustedes. La Virgen del Rosario intercede día y noche por todos sus hijos, sobre todo, como suelen hacerlo las mamás, con diligencia especial por quienes tienen mayores fragilidades. Que Dios los bendiga, un abrazo.

En la catequesis Francisco continúa sus reflexiones sobre las virtudes: la paciencia como "vitamina esencial para seguir adelante"

Cristianos a contracorriente en un mundo dominado por la prisa

"Ir contracorriente respecto a la mentalidad generalizada de hoy, en la que dominan la prisa y el 'todo inmediatamente'": es lo que pidió el Papa Francisco a los cristianos en su audiencia general de la mañana del 27 de marzo, Miércoles Santo, en el Aula Pablo VI. Continuando con el ciclo de catequesis sobre los vicios y las virtudes, el Pontífice habló de la paciencia, o mejor dicho, "la resistencia a lo que se sufre: no por casualidad" el término "tiene la misma raíz que 'pasión'", explicó.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy la audiencia estaba prevista en la Plaza, pero debido a la lluvia se ha trasladado al interior. Es cierto que estarán un poco apretados, ¡pero al menos no estaremos mojados! Gracias por su paciencia.

El domingo pasado escuchamos el relato de la Pasión del Señor. A los sufrimientos que padece, Jesús responde con una virtud que, aunque no se contemple entre las tradicionales, es muy importante: la paciencia. Esta se refiere a soportar lo que se padece: no es casualidad que paciencia tenga la misma raíz que pasión. Y precisamente en la Pasión se manifiesta la paciencia de Cristo, que con docilidad y mansedumbre acepta ser abofeteado y condenado injustamente; ante Pilato no recrimina; soporta los insultos, los salivazos y la flagelación a manos de los soldados; carga con el peso de la cruz; perdona a quienes lo clavan al madero; y en la cruz no responde a las provocaciones, sino que ofrece misericordia. Esta es la paciencia de Jesús. Todo esto nos dice que la paciencia de Jesús no consiste en una resistencia estoica al sufrimiento, sino que es fruto de un amor más grande.

El apóstol Pablo, en el llamado "Himno a la caridad" (cf. *1 Co* 13,4-7), une estrechamente amor y paciencia. En efecto, al describir la primera cualidad de la caridad, utiliza una palabra que se traduce por "magnánima" o "paciente". La caridad es magnánima, es paciente. Ella expresa un concepto sorprendente, que reaparece a menudo en la Biblia: Dios, ante nuestra infidelidad, se muestra "lento a la cólera" (cf. *Ex* 34,6; cf. *Nm* 14,18): en lugar de desatar su cólera ante el mal y el pecado del hombre, se revela más grande, dispuesto cada vez a recomenzar con infinita paciencia. Este es para Pablo el primer rasgo del amor de Dios, que ante el pecado propone el perdón. Pero no sólo eso: es el primer rasgo de todo gran amor, que sabe responder al mal con el bien, que no se encierra en la rabia y el desaliento, sino que persevera y se relanza. La paciencia que recomienza. Así que, en la raíz de la paciencia está el amor, como dice San Agustín: «El justo es tanto más fuerte para tolerar cualquier aspereza cuanto mayor es, en él, el amor de Dios» (*De patientia*, XVII).

Se podría decir entonces que no hay mejor testimonio del amor de Cristo que encontrarse con un cristiano paciente. ¡Pensemos también en cuantas madres y padres, trabajadores, médicos y enfermeras, enfermos, cada día, en secreto, embellecen el mundo con santa paciencia! Como dice la Escritura, «la paciencia es mejor que la fuerza de un héroe" (*Pr* 16,32). Sin embargo, debemos ser honestos: a menudo carecemos de paciencia. En lo cotidiano somos impacientes, todos. Necesitamos la paciencia como la "vitamina esencial" para salir adelante, pero instintivamente nos impacientamos y respondemos al mal con el mal: es difícil mantener la calma, controlar nuestros instintos, refrenar las malas respuestas, aplacar las peleas y los conflictos en la familia, en el trabajo, en la comunidad cristiana. Inmediatamente viene la respuesta, no somos capaces de ser pacientes.

Recordemos, sin embargo, que la paciencia no es sólo una necesidad, sino una llamada: si Cristo es paciente, el cristiano está llamado a ser paciente. Y esto exige ir a contracorriente respecto a la mentalidad generalizada de hoy, en la que dominan la prisa y el "todo ahora"; en la que, en lugar de esperar a que las situaciones maduren, se se fuerza a las personas, esperando que cambien al instante. No olvidemos que la prisa y la impaciencia son enemigas de la vida espiritual. ¿Por qué? Dios es amor, y quien ama no se cansa, no se irrita, no da ultimátums, sino que sabe esperar. Pensemos en la historia del Padre misericordioso, que espera a su hijo que se ha ido de casa: sufre con paciencia, impaciente solamente de abrazarlo apenas lo ve volver (cf. *Lc* 15, 21); o en la parábola del trigo y la cizaña, con el Señor que no tiene prisa en erradicar el mal antes de tiempo, para que nada se pierda (cf. *Mt* 13, 29-30). La paciencia nos lo salva todo.

Pero, hermanos y hermanas, ¿cómo se hace para acrecentar la paciencia? Al ser, como enseña san Pablo, un fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5, 22), hay que pedírsela al Espíritu de Cristo. Él nos da la fuerza mansa de la paciencia – la paciencia es una fuerza mansa-, porque "es propio de la virtud cristiana no sólo hacer el bien, sino también saber soportar los males" (San Agustín, *Discursos*, 46, 13). Especialmente en estos días, nos hará bien contemplar al Crucificado para asimilar su paciencia. Un buen ejercicio es también llevarle las personas más molestas, pidiéndole la gracia de poner en práctica con ellas esa obra de misericordia tan conocida como desatendida: soportar pacientemente a las personas molestas. Y no es fácil. Pensemos si hacemos esto: soportar con paciencia a las personas molestas. Se empieza por pedir que podamos mirarlas con compasión, con la mirada de Dios, sabiendo distinguir sus rostros de sus defectos. Tenemos la costumbre de clasificar a las personas por los errores que cometen. No, esto no es bueno. ¡Busquemos a las personas por su rostro, por su corazón y no por sus errores! Por último, para cultivar la paciencia, virtud que da aliento a la vida, conviene ampliar la mirada. Por ejemplo, no hay que limitar el mundo a nuestros problemas; la Imitación de Cristo nos invita: «Es preciso, por tanto, que te acuerdes de los sufrimientos más graves de los demás, para que aprendas a soportar los tuyos, pequeños». Recuerda también que «no hay cosa, por pequeña que sea, que se soporte por amor de Dios, que pase sin recompensa delante de Dios» (III, 19). Y, además, cuando nos sentimos prisioneros en la prueba, como nos enseña Job, es bueno abrirnos con esperanza a la novedad de Dios, en la firme confianza de que Él no deja defraudadas nuestras expectativas. La paciencia es saber soportar los males.

Y hoy aquí, en esta audiencia, hay dos personas, dos padres: uno israelí y uno árabe. Ambos han perdido a sus hijas en esta guerra y ambos son amigos. No miran la enemistad de la guerra, sino la amistad de dos hombres que se quieren y que han pasado por la misma crucifixión. Pensemos en este testimonio tan hermoso de estas dos personas que sufrieron en sus hijas la guerra en Tierra Santa. ¡Queridos hermanos, gracias por su testimonio!

La paz como don de Dios en Pascua, especialmente para Ucrania y para Israel y Palestina fue invocada por el Papa al final de la catequesis, saludando a los grupos de fieles presentes. La audiencia general terminó con el canto del Pater noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, de manera especial a los participantes en el Encuentro UNIV 2024. Los invito a vivir estos días santos contemplando a Cristo crucificado, que con su ejemplo nos enseña a amar y a ser pacientes, en la espera gozosa de la Resurrección. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Las palabras de Francisco en la Misa Crismal y el testimonio de los cristianos

Viene de la página 1

mos a los que están lejos y rezamos por ellos, cuando -en lugar de recriminar- derramamos lágrimas por los que están fuera de lo que creemos que es el recinto de los justos, de los salvados, de los buenos, de los que están "bien", de los que creen que ya lo saben todo y, por tanto, no esperan nada más.

"Las situaciones difíciles que vemos y vivimos, la falta de fe, los sufrimientos que tocamos - dijo Francisco a los sacerdotes - al entrar en contacto con un corazón compungido, no suscitan la determinación en la polémica, sino la perseverancia en la misericordia. Cuánto necesitamos liberarnos de resistencias y recriminaciones, de egoísmos y ambiciones, de rigorismos e insatisfacciones, para encomendarnos e intercender ante Dios, encontrando en Él una paz que salva de cualquier tempestad. Adoremos, intercedamos y lloremos por los demás. Permitamos al Señor que realice maravillas". En vísperas de la recurrencia del sacrificio del Gólgota, los cristianos, pecadores perdonados, aprenden de las lágrimas de Pedro a reconocerse como tales. Y abriéndose al amor gratuito e incondicional del Crucificado, aprenden a amarse los unos a los otros y a ser así testigos de la misericordia en un mundo que no perdona; testigos de la unidad en un mundo dividido; testigos de la paz en un mundo en el que parecen prevalecer la violencia y la guerra. Aprenden a ser testigos de una esperanza que no se funda en sus propias capacidades y habilidades, sino en la certeza de lo que sucedió la noche de Pascua en aquel sepulcro de Jerusalén.